

**Cesar R. Torres. *Gol de media cancha: Conversaciones para disfrutar del deporte plenamente.***

**Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 2011. 109 Páginas. ISBN: 849261370X, ISBN-13: 9788492613700**

Este breve volumen que filosofa sobre el deporte se le antoja al escritor de esta reseña como sombrero de mago: de su reducido volumen surge una fuente inagotable de sorpresas. Y en este caso, sorpresas filosóficamente agradables, y mejor aún, provechosas. En apenas 90 páginas de apretado texto, Cesar Torres, antiguo presidente de la Asociación Internacional para la Filosofía del Deporte (IAPS), logra cubrir terreno deportivo y filosófico que da mucho que hablar, y de manera más importante, que pensar. Introducción aparte, hay seis conversaciones, véase capítulos, que vienen precedidas de un prólogo y cerradas por un epílogo. Estas conversaciones transcurren de manera agradable y distendida, como ocurriría en el bar de la esquina. Pero esto no debe dar pie a suponer que haya falta de rigor. Todo lo contrario, la argumentación es meticulosa y sólida. Un aspecto que los lectores agradecerán son las breves pero diáfanos recapitulaciones al final de cada capítulo. Una bibliografía y breve reseña biográfica de Torres completan *Gol de media cancha*.

Dado que el subtítulo es "Conversaciones para disfrutar del deporte plenamente", parece apropiado que uno se deje de formalismos profesionales y simplemente charle con autor y lectores de esta crítica. Dicho esto, caen la chaqueta y corbata de la anónima tercera persona y me quedo con la arremangada y simple camisa de la primera voz. Antes de entrar en faena, una aclaración: los lectores del libro averiguarán en la introducción que ya tuve ocasión de leer borradores de algunos capítulos del mismo con anterioridad a su publicación, pero es ahora cuando he podido, por primera vez, leerlo *in toto*. Si no ha habido mayúscula sorpresa en cuanto a la calidad del mismo, familiarizado como estoy con la obra seria y rigurosa del autor, sí que ha resultado ser una agradable aventura en inmejorable compañía, que como Torres mismo dice citando al popular escritor argentino Juan Sasturáin, comienza cuando tenemos con qué "alimentar la aventura personal de inventarse un sentido" (82). Mi posicionamiento ético-filosófico en materia deportiva se encuentra alineado con el de Torres en general, pero verlo articulado de manera clara, completa, y convincente es hartamente agradable intelectualmente.

La posición de Torres se puede definir escuetamente como "internalista" en la jerga profesional. Esto es, él encuentra el valor y el sentido del deporte en la actividad deportiva misma. Dicho así, a quemarropa, parece una aserción de Perogrullo. Sin embargo, es en el despiece de lo que parece una fórmula inocua, incluso banal, cuando se aprecia todo lo que esconde de perspicaz y acertada. Pasemos a hablar del contenido del mismo ¿les parece?

Lo primero que resalta en cuanto al aspecto formal de la obra –estilística y estructuralmente– es que el afable tono da pie a un auténtico conversar. No nos encontramos con un diálogo platónico, donde un personaje marea a sus contertulios, sino con un departir abierto, coloquial, y honesto donde Torres emplaza e implica a lectores de todo rango, pero sobretodo a aquellos que son "jóvenes de espíritu" (17). A fin de cuentas, su norte lo marca la meta de alcanzar a un público amplio y no especializado con la intención de que aprenda a apreciar la complejidad del mundo del deporte (16). Y esto lo cumple con creces.

Desde un punto de vista filosófico, *Gol de media cancha*, si bien acomoda un posicionamiento prudente dentro de la filosofía del deporte (no por ello menos discutido), cae bien fuera de las pautas expresadas por la *vox populi* en la mayoría de los temas que trata. El libro considera asuntos peliagudos, como la competencia pura y dura, la trampa, y el externalismo, que atribuye valor al deporte en función de su papel como facilitador de "recompensas" (fama, dinero, y poder). Posturas que muchos aceptan como "verdades como puños", y que apoyan con una análoga dogmática fuerza bruta argumentativa tan carente de imaginación como de razón. Mis estudiantes de filosofía del deporte a menudo se hacen eco de tales opiniones, y trabajo cuesta que consideren otra faceta de evidente que se les asemejan ser así las cosas. En tales posicionamientos priman el convencionalismo (los participantes deportivos mismos deciden los principios y la naturaleza del deporte) y argumentos de corte libertario que afirman la autonomía individual por encima de todo.

Torres se bate contra estos posicionamientos con decididos argumentos, a la par que se adorna aleccionando sin caer en la condescendencia. Basta citar el cierre de su apasionada defensa en favor de un deporte ejemplar en el tercer capítulo, donde lejos de sentar cátedra escribe, "Espero que las ideas que discutimos sirvan de marco orientativo y evaluativo. Pero a fin de cuentas, cómo se entiende y vive el deporte competitivo es algo que cada uno de nosotros entiende por sí mismo; el "toque personal" es ineluctable" (54). Por encima de todo, él busca convencer, no imponer. Educador nato donde los haya, a Torres le interesa que se aprenda a pensar tal que se respete aquello que amamos, como

es el deporte en este caso. A tal fin, alinea un equipo formidable de filósofos de primera división como John Dewey, William James, Fernando Savater, Bernard Suits, y otros que iré mencionando. Además, recluta a varios grandes escritores como Miguel Delibes, Juan Sasturáin, Eduardo Galeano, o George Orwell, e incluso, añadiendo una pizca de humor, enlista las letras del cantautor argentino Andrés Calamaro.

Y entro en detalles. Prólogo y epílogo, ambos a su manera, recalcan el amor que Torres muestra por el deporte. El primero, a cargo de dos periodistas con muchas tablas como son Facudo Sava y Ariel Scher, perfila el asunto cuando reitera cómo el autor "atrapa riesgos y se pregunta todo" en este libro (12). Y Torres arriesga y apuesta con humildad democrática, dialogante y razonada, a ras de suelo, sin sermonear desde la seguridad del púlpito académico. En cuanto al epílogo, el también cronista deportivo Ezequiel Fernández Moores honra al autor aún cuando antagoniza el purismo internalista de Torres. En contraposición al mutualismo deportivo (centrado en el proceso y colaboración entre competidores) que Torres antepone al resultadismo (que premia el ganar a toda costa), Fernández Moores apunta cómo al jugar a fútbol con su hijo, "el resultado del juego [...] formaba parte de nuestro placer" (105). Mas pronto pasa a jugar alegremente al juego que *Gol de media cancha* le propone, concurriendo con muchas lindezas filosóficas que el discurrir de Torres brinda. ¿Que tal si pasamos a jugar y ya con las ideas mismas?

"El deporte", la primera conversación o capítulo, se apoya en pensadores seminales sobre el deporte como Scott Kretchmar, Robert Simon, y Bernard Suits, y pone las bases del programa internalista explicando los elementos clave que todo deporte tiene en común y que lo diferencia de otras actividades culturales humanas: el deporte plantea obstáculos innecesarios y artificiales que han de superarse de manera física de acuerdo a ciertas reglas que limitan los medios permitidos (20-24). De paso, presenta una diáfana exposición sobre los diferentes tipos de reglas y habilidades centrales en el deporte, a saber: 1) Las reglas constitutivas definen la actividad en sí, especificando los medios permitidos que erigen el desafío propio de cada deporte (21), y las habilidades constitutivas, que cultivan las capacidades físicas del deporte en cuestión a la par que buscan solventar las dificultades artificiales que se presentan (26-27), como son en fútbol la habilidad de regatear o en alpinismo la de subir a la montaña "con estilo", como dicen los escaladores. Y, 2) las reglas regulativas, que restauran y reestablecen el juego, por ejemplo después de una interrupción por falta tras penalizar a quien obtuvo ventaja inmerecida (22-23), y las habilidades restaurativas que permiten tirar un buen saque de esquina (27). Torres se de-

canta decididamente por las reglas y habilidades constitutivas entre otras razones porque son las que el deporte, sea cual sea, el fútbol es su ejemplo, pretende poner a prueba (ibíd.). Este aparato teórico estructural asienta la base para la tesis central que, para Torres, sostiene el peso de la bóveda intelectual que cubre al mundo deportivo y su visión filosófica del mismo. Basada en las ideas del filósofo escocés Alasdair MacIntyre, esta argumenta que el deporte es una práctica que florece cuando sus valores y bienes internos son cultivados por encima de los externos. Lo cual nos permite "expandir nuestra capacidad para alcanzar la excelencia y, por ende, enriquecer nuestras vidas y llenarlas de sentido" (25). Una posición que promueve la colaboración y enfatiza el proceso en vez del resultado y se hace con dedicado y serio placer por el juego mismo, se sea profesional o amateur (27).

Algo que al conversar sobre "La competencia", el segundo capítulo, queda claro. Torres empieza soltando una bomba: "el deporte no es inherentemente competitivo", lo que contradice la intuición de muchos adeptos al deporte (31). Y a partir de aquí entrelaza una serie de regates filosóficos sobre dos modelos de competencia: 1) el de suma cero, donde mi ganar necesariamente implica el perder del contrario, y cuyo etos de "vale todo" pone en peligro la integridad del deporte y sus valores internos (33), y 2) el mutualista, donde prima el esfuerzo en común con otros competidores en pos de la excelencia deportiva, buscando que gane el mejor, como él apunta (34). Aún hay más, "en la visión mutualista [...] los competidores se asocian –es más se necesitan– para estimular lo mejor de ellos", y como apunta muy socráticamente, "Y también para no vivir engañados... es fácil sobredimensionar nuestras capacidades cuando no las comparamos" (ibíd.). La guinda lo pone el hecho de que este modelo, en vez de poner énfasis en el resultado como el modelo de suma cero, a fin de cuentas se lo llama coloquialmente resultadismo, se centra en el proceso y la calidad del esfuerzo. De esta manera los resultados cobran más y mejor sentido al final del encuentro. Como aclara Torres citando a Valdano, "[...] para mí el resultado es una consecuencia del buen juego, no algo que lo antecede" (37). Lo que sabiamente siembra el porvenir.

La tercera conversación discurre sobre "Los buenos competidores", y ahonda en el terreno normativo para justificar éticamente el modelo mutualista. Como buen marino de regatas no deja cabos sueltos. De esta manera contrasta la visión de muchos que ven las reglas constitutivas como imposiciones con la celebración de las mismas como oportunidades para lucirse como mandan los cánones (de excelencia) (45). Además, apela a un sentido de justicia basado en las ideas del filósofo norteamericano John Rawls, donde la imparcialidad y el interés común

se anteponen al propio (46-49). Y esto lo suple arguyendo que debemos evitar dañar al contrario en la medida de lo posible (50). Pero aún apunta más alto Torres, yendo a proponer lo aconsejable, por ennoblecedoras, de las acciones supererogatorias. Esto es, acciones que van más allá del deber e implican benevolencia e incluso autosacrificio en nombre del espíritu deportivo, por ejemplo, dejarse marcar un gol por el contrario cuando el nuestro ha sido inmerecido (50-52). Y cierra echando un órdago al lector sobre qué modelo escogería y porqué.

El cuarto diálogo ve el envite del capítulo anterior. El título lo dice todo, "Las trampas y otras estrategias ilegítimas". El autor no se anda con chiquitas, y encara la posición de que en el deporte esto del ganar es para los "vivos", no para los "bobos". A priori, los lectores se verán "atrapados" por la labia de los vivos, y si no preguntarse ¿Como cuál prefieren contarse? Sin embargo, Torres presenta una serie de réplicas que cambia las tornas, y que repaso someramente. Éstas van desde el hecho de que el tramposo se erige en excepción al ponerse por encima de las reglas (que teóricamente acepta para poder jugar al juego en principio), rechaza el convencionalismo antes mencionado, y demuestra la incongruencia de cómo la trampa atenta contra la esencia misma de lo que hace el deporte posible en primer lugar (57-60). Aún le queda resuello para dilucidar cual es el problema con las faltas estratégicas, aquellas que se cometen intencionalmente a sabiendas de que serán penalizadas para ganar una ventaja que no se disfrutaría de otra manera, como el consabido empujón en baloncesto que resulta en tiros libres. Y lo solventa con no menos de tres razones: la mala interpretación del reglamento, la contradicción de la estructura del deporte que se practica, y la interrupción del juego (62-63). Cerrando, nada mejor que preguntarnos con Torres "¿Quiénes son los "vivos" y quienes los "bobos" en el deporte? ¿O será que la pregunta está mal planteada?" (68).

Pasando al capítulo quinto. "El saber deportivo" discursa sobre los diferentes tipos de saber que encontramos en el fútbol (y el deporte, faltaría más). Aquí se diferencia el "saber qué", uno sabe acerca de táctica futbolística o conoce la teoría sobre navegación, del "saber cómo", uno sabe hacer la bicicleta en fútbol o cómo arriar el trinquete en vela. El primero es un conocimiento teórico, proposicional, explícito, e impersonal, mientras que el segundo lo es práctico, corporal, implícito, y personal, por citar los rasgos más salientes (74). Hila fino Torres aquí mientras se adentra en temas epistemológicos, apelando a las ideas del pragmatismo americano y de Polanyi, mientras trata del movimiento intuitivo y automatizado que funciona mejor cuanto más se olvida una vez que se lo ha trabajado concienzudamente, "la dinámica de lo impensado" como Panzeri lo llama (78), y que culmina con la excelencia de un saber corpora-

lizado resultado de la práctica, la dedicación, y la integración creativa de imaginación e inteligencia (81). Si bien el saber no lleva a la sabiduría necesariamente, el conocimiento corporal que Torres defiende nos abre horizontes repletos de fértiles posibilidades que explorar.

Y ya en la sexta y última conversación, "El valor del deporte," encontramos reveladoras reflexiones en cuanto a cómo el deporte enriquece nuestras vidas. Primero presenta el caso del "externalismo deportivo", que instrumentaliza el valor del deporte, lo mide de manera cuantitativa y estadística, y lo reduce a una letanía de beneficios sociales, higiénicos, y de salud que falla aparatosamente a la hora de motivar a la gente a practicar deporte. No hay más que ver los exigüos índices de practicantes deportivos asiduos y las tasas escandalosas de sobrepeso. Torres sentencia, "Así el deporte y la actividad física se construyen como entidades despojadas de todo sentido propio" (86). Seguidamente, defiende el modelo internalista mientras pasea junto al filósofo norteamericano Henry David Thoreau, quien en larguísimas caminatas diarias se entregaba al caminar no como ejercicio físico sino como aventura de deambulación (88-89). Tal cual fuga filosófica, el acorde sube al celebrar la riqueza intrínseca del deporte y la actividad física, centradas en el goce y el gusto. Como apunta, no hay nada malo en los beneficios de salud que proporciona el deporte (95), pero estos siguen al deleite de practicar algo que nos apasiona. Torres escribe, "Debería estar claro que la idea es deleitarse en la actividad física, "enamorzarse" de ello por sobre todas las cosas" (93). No está claro, sino clarísimo.

Si el lector está dispuesto a bucear en el libro encontrará perlas como la siguiente, "El conocimiento es una aventura que debe ser actualizada permanentemente, es un viaje que requiere apreciar la vulnerabilidad de todo dogma y la supremacía e importancia de la interrogación persistente" (72). Como las joyas nacaradas marinas, estas alhajas filosóficas crecen a oscuras, lentamente, y en este caso a base de mucho estudio, más escribir, y mejor pensar. Los destellos que emiten nos ayudan a aclarar y a refinar nuestro propio pensamiento.

Mas, para no dar una de cal sin una de arena, llega el momento de mirar críticamente a la obra (con la "ventaja" que da el burladero de la retrospectiva, que permite muletear a toro pasado). El libro, como un traje de luces a la medida, se ciñe perfectamente al público deseado: el mercado argentino y español, donde el deporte rey verazmente manda. El manejo habilidoso del mundo del esférico, asentado claramente en la propia pasión y experiencia de Torres, funciona a las maravillas a este respecto. Lo cual es tanto acierto editorial como desventaja a la hora de encontrar un círculo de lectores más amplio. Otra consecuencia de tales exigencias editoriales es que el variopinto

mundo deportivo se queda reducido en demasía a asuntos futbolísticos (y por ende, masculinos). Bien es cierto que ejemplos y discusión hacen guiños a otras disciplinas, como la natación, el tenis, o las dos ruedas, y que se dirige tanto a féminas como a menudos y grandes en sus apelaciones, pero esto resulta casi anecdótico en comparación con la riqueza balompédica que *Gol de media cancha* ofrece.

Si he de formular un deseo, como quien pide algo a los reyes magos, es que salga a la luz una edición escrita para un público más amplio y con más variedad de ejemplos. Al explicar el título en su arenga introductoria, Torres aclara que tanto para marcar goles a media cancha como para apreciar y entender el deporte como es debido hace falta creer en uno mismo (18). Esperemos pues que esta autoconfianza pueda plasmarse en ambiciosas ediciones que lleguen a otros países e incluso otras lenguas (personalmente, me encantaría una edición en inglés que poder utilizar en mis cursos sobre filosofía del deporte ¡cuánto trabajo me ahorraría!). Ojalá que este libro tenga el éxito que merita.

Sería un despropósito el escribir una crítica extensa para esta breve obra filosófica. Quizá el mejor, y merecido, elogio que puedo hacer es haciéndome eco de las palabras de un grande de las letras hispanas, Don Francisco de Quevedo y Villegas, palabras que leí por primera vez en la solapa de otro pequeño gran libro, "Del deporte y los hombres", del estructuralista francés Roland Barthes. La cita en cuestión dice, "Hay libros cortos que, para entenderlos como se merecen, se necesita de una vida muy larga". El caso es que este libro de Torres, de lectura fácil y amena, requiere de tal longeva relación que le permita enriquecer nuestra vida y nuestra relación con el deporte.

## Bibliografía

Roland Barthes. Del deporte y los hombres. Barcelona: Editorial Paidós, 2008.

**Jesús Ilundáin-Agurruza**

profesor de filosofía, Linfield College, Oregón, USA.  
jilunda@linfield.edu